



Luis Adolfo Domínguez

EL OLVIDADO NERVO

Amado Nervo publicó *Serenidad* en 1914, en Madrid. El disfrute que pudo tener de ella, en todos los sentidos, fue poco menos que nulo, ya que de México le mandaban el cese de su labor como ministro plenipotenciario en España, y tal cosa provocaba una verdadera ola de santa indignación, dentro y fuera de los dos países afectados, al extremo de hacer que Luis Antón de Olmet, diputado y escritor, lanzara en las Cortes españolas una iniciativa para que se le concediera al poeta un subsidio, sin más razón que la de por ser poeta y contar con una obra literaria ya respetable.

Los argumentos del legislador fueron otros. Las amistades que Nervo había conseguido en su puesto diplomático eran muy sólidas, y la simpatía hacia él unánime, pero nada de eso era bastante para que el gobierno español tuviera que darle nada, evidentemente. El propio Nervo se negó a recibir esa ayuda y todo quedó en buena intención, pero especialmente quedó como ejemplo de lo que la personalidad del poeta ha significado desde entonces, ya que provocó admiraciones desbordantes y un proselitismo insólito en nuestras letras; proselitismo que se deja sentir, exacerbado ahora en el centenario de su nacimiento.

Las críticas a la obra poética de Nervo no sólo fueron favorables; llegaron a la adulación más desorbitada, y perduraron hasta convertirse en opinión pública inmutable, un poco repetida de oídas, más que de contactos directos. Curiosamente, lo más venerado de la obra nerviana es la poesía, y de ella, la místico-romántica, que si es muy abundante, ya que de hecho no deja de cultivarla nunca, tiene altas y bajas que sorprenden.

Hay cuatro puntos cardinales en los motivos de Nervo, y toda su producción podría dividirse entre ellos: la búsqueda filosófica, como ideal redencionista del ser humano; la mujer, no sólo como objeto del amor, sino también como digna de reivindicación, y de reivindicación social muy especialmente; la universalidad, en todos los órdenes —religioso, ideológico, literario, lingüístico—; y, por supuesto, el lenguaje como necesidad suya por excelencia, como fenómeno social y como posibilidad artística.

En beneficio de los dos primeros temas —la filosofía y la mujer—, que son desde luego los que mejor se prestan al quehacer poético, el público ha soslayado los trabajos de Nervo orientados hacia la universalidad y hacia el lenguaje; y decir trabajos aquí no es hablar de simples monografías o manifiestos bien intencionados, sino literalmente de una tarea de toda su vida, que le dio material para producir una obra que fácilmente es tan amplia como la otra.

Amado Nervo comenzó su carrera periodística formal —luego de intentos en Mazatlán—, en la ciudad de México, en 1894. A partir de entonces, hasta su muerte, en 1919, no dejan de aparecer sus artículos en muchos periódicos y revistas, mexicanos y extranjeros. De toda esa enorme producción, que es independiente de sus libros de poesía, una gran parte se refiere a la universalización, y otra a preocupaciones idiomáticas, temas que reflejan, en última instan-

cia, la inevitable vocación de poeta y el escrúpulo del escritor que tiene que asirse al clavo ardiendo del lenguaje para comunicar su poesía.

La universalidad fue algo que preocupó a Nervo por reflejo de la época que le tocó vivir, y tanto los motivos como sus efectos literarios, vienen de distintos puntos y apuntan hacia varios ámbitos humanos. En primer lugar, el poeta surge en un medio intelectual afrancesado, política y literariamente, y aunque en eso fue Gutiérrez Nájera quien polarizó todas las críticas, no es poca la influencia francesa que se encuentra en toda la producción de Nervo. Otro motivo inspirador es el cambio de siglo, acompañado de su euforia y de una revolución científica; Nervo ve los primeros automóviles y los primeros aviones. Todo el mundo parece estar en una borrachera constante y quiere fraternizar; se llevan a cabo congresos “universales” de poetas; se organizan coloquios de intelectuales y se inventan idiomas universales, como el volapuk, el esperanto, y claves endemoniadas, como las pasigrafías. Por si fuera poco, Nervo es parte del cuerpo diplomático mexicano y tiene que viajar, identificarse con otros pueblos, sentir el espíritu panamericano, vibrante en Uruguay y Argentina, ponerse de igual a igual con la intelectualidad francesa y verse en España tan a sus anchas como si la conociera de siempre, y ella a él lo mismo.

Hasta 1898, Nervo ha producido dentro de la más tradicional de las torres de marfil literarias. Ha sido un escritor que crea, hace novelas, cuentos, teatro, ¡una zarzuela!, versos. En ese año —después de cuatro de periodista— comienza a tomar del exterior sus motivos; hace crónicas y artículos, y también deja entrever las que luego serán sus preocupaciones, desarrolladas y reiteradas en verso y en prosa. Comienza a verse al exterior también, pero son simples balbuceos, que no irán a tomar forma sino hasta 1900, cuando el poeta viaja a París, se satisface una de sus más grandes ilusiones y nutre *El éxodo* y *las flores del camino*, con sentimientos:

“¡Bendita seas Francia!, porque me diste amor.
En tu París inmenso y cordial encontré
para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,
para mis ideales el ambiente mejor
¡y, además, una dulce francesa que adoré!”

El ensanchamiento de fronteras es definitivo. Amado Nervo dejó de ser local en 1900, y de internacional se va haciendo universalista, en un extraño juego sin arraigo. Para 1905 empieza a escribir cosas como éstas: “Las tropas españolas”, “Inglaterra, juzgada por el Japón”, “La cuestión catalanista”, “La próxima exposición de París”, “Los reyes de Portugal”, “La Conferencia de Algeciras”, “Gibraltar”, “Un salón de artistas mexicanos. Las exposiciones parisienses”, “El barrio latino visto por un alemán”, “Alemania y

Francia. Trabajos para el censo", "Los reyes de España. El terror negro", "La isla de Cuba. Cuando se van y cuando vuelven", "El idioma universal". Todo dentro de sus *Crónicas de Europa*.

En verso, para entonces había publicado ya *Místicas*, *Perlas negras*, *La hermana agua*, *Místicas. Las voces* y *Los jardines interiores*. La evolución temática es mucho más evidente en su prosa que en el verso, siempre mantenido dentro de unos límites de tono y de asuntos muy estables, porque respondían a esa duda místico-ontológica tan de Amado Nervo, que no variará ni en *La amada inmóvil*, publicada después de muerto el autor.

En ese sentido, la separación es sorprendente: los versos de Nervo son siempre, desde el principio mismo de su carrera, de ese tono crepuscular tan claramente definido como mexicano, y en ningún momento pretende siquiera desmentir el que fuera su interés de juventud, de tomar los votos sacerdotales, carrera que abandonó sin arrepentirse lo bastante por ello, a juzgar por sus obras. En cambio, su prosa comienza siendo la muestra de una imaginación creadora, y luego queda limitada al fruto de un oficio del que se depende para subsistir. Por supuesto, no hay ninguna duda —nunca hay ninguna duda en esta dimensión—, de que Nervo no hubiera podido sobrevivir sólo con sus libros de versos; ellos, en comparación con sus cientos de páginas de crónicas, crítica literaria, semblanzas, retratos, "máscaras", y aun cuentos y novelas, quedan muy en desventaja, numéricamente hablando.

La impresión que se tiene al ver a todo este Amado Nervo tan pocas veces observado así, masivamente, es que escribe siempre, por vocación, por oficio, por necesidad, por hábito. Miles y miles de páginas, logradas en treinta años de vida literaria activa y febril. En ellos, sus versos representan arranques periódicos de misticismo, de arrepentimiento, de preocupación de subsistencia; de subsistencia de su preocupación. La prosa no se interrumpe nunca; tiene que seguir, aparentemente infatigada, y para ello se va sosteniendo de todos los eventos de que se puede echar mano, abriendo los ojos al exterior todo lo que es posible. Incluso a ese extremo exterior nerviano, que tenía que higienizarse con esos sumergimier-

tos tan radicales, que llegaban a lo siniestro.

En esa prosa torrencial es donde aparece la universalidad como verdadera urgencia. Nervo habla de la enseñanza universal; de la poesía universal; del hombre universal; de la mujer universal; del ser humano universal, conquistador del universo —;se refirió a la conquista de otros planetas! —; del lenguaje universal, y con esto, en plena conjugación de las preocupaciones de todo escritor, llegó muchas veces a plantearse problemas y resoluciones lingüísticos, primero en el pequeño universo americano, luego en el universo del habla hispana, y al fin, en el colmo de la osadía, a plantear, universalmente, la posibilidad del español como idioma universal, no faltaba más.

En realidad, también está aquí el germen de sus retratos de escritores, sus reseñas y referencias a obras y autores, todos invariablemente sugeridos por un hecho actual y palpitante, pero no sin orientación más trascendental.

Por ejemplo, Nervo se inspiraba en la aparición de un libro, pero hurgaba en él para dar con lo que le parecía perdurable, y lo señalaba. Sin embargo, reconocía que era capaz de hacer un artículo, porque "no se necesita más que un asunto; lo demás... es lo de menos... Lo más importante es saber bordar en el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa. El periodista que es hábil en su *métier*, de nada, como Dios, hace un mundo de artículos..."

Y lo cumplía cabalmente, de modo insuperable, pero no podía escapar a esa idea tan suya —espléndidamente asimilada—, de concebir nuevos y multivalentes medios de universalización.

Tampoco a la idea de que el lenguaje era esencial para ese ser humano universal tan buscado.

Esa es la ecuación nerviana menospreciada:

Hombre = lenguaje
Lenguaje/hombre = UNIVERSO.

En una justa consideración, puramente matemática, debería tomarse en cuenta que Nervo escribió lo bastante para llenar dieciséis libros de prosa, y doce de versos.

Lo realmente patético es que Nervo está consagrado, a lo sumo, por diez poemas, varios de los cuales son décimas o sonetos. La abrumadora mayoría de sus poemas puede calificarse, con sobresaliente, de inexplorada, para no abundar en detalles.

¿Dónde está el Nervo olvidado? ¿El que habló de cuando el hombre pusiera un pie en la luna? ¿El que dibujó leterariamente a una docena de literatos? ¿El que se interesó por la enseñanza? ¿El que propuso nuevos métodos educativos? ¿El que discutió las formas de comunicación internacionales?

No existe, *that is the question*. Todo lo que sea más avanzado que "pasó con su madre, qué rara belleza", ...nomás no existe.

Lástima.

